

XIX

Don Vicente caminaba ya cuesta abajo.

— ¡Qué gente más desdichada! — dijo en cuanto Juan se unió á él. — Tenían un mediano pasar. Su único hijo se les casó muy joven y dió con una mala pécora. Por ella riñó con otro y lo mató. Ya puedes figurarte las consecuencias. Él en presidio; los padres arruinados y esa pobre Isabel consumida y, para colmo de penas, ciega de la noche á la mañana, como quien dice... Martín se ha tenido que coger á cualquier cosa, á lo que puede, y mejor será decir que á la caridad de un patrón de barca. Y esa Isabel se muere cualquier día, como si lo viera. Apenas tienen para comer y no hay quien la cuide... En fin, ¡miserias de la vida!

— Yo creí que usted no visitaba ya — observó Juan.

— Y no visito. No soy más que un labrador. Pero aquí no tienen médico, ni nos lo envían por más que se pide á la capital. Ese infeliz de ciru-

jano sirve para pocas cosas. Los ricos pueden hacer venir á quien quieran; pero los pobres ¿iba á dejarlos morir tontamente? Para ellos sí soy médico; pero gratis. A quien me puede pagar, ya no le sirvo; y encima, doy dinero. No cabe hacer otra cosa. Muchas veces lo que tienen es hambre.

Calló un momento, y con ánimo evidente de variar de conversación, añadió en otro tono:

— Por fortuna, esos casos son los menos. La propiedad está aquí muy dividida. Apenas si hay alguien que no tenga su trocito de tierra... y van viviendo. Ahora verás un tipo de familia acomodada, que es una delicia. Da ganas de ser así.

Habían llegado á la playa y caminaban sobre un lecho de algas ennegrecidas por el sol, en que el pie se hundía muellemente. Luego seguía la arena, mezclada con cantos rodados y adornada con matojos de barrilla, de un verde oscuro. Delante del caserío, que no distaba ya más de cien metros, algunos faluchos varados se tostaban al sol, mal defendidos por esteras y por la pintura de los cascós. Sobre uno de ellos, dos chiquillos, medio desnudos, corrían con gran algazara, y otro hacía esfuerzos por encaramarse, colgado de la borda y apalancando los pies en las cuadernas lisas, manchadas de alquitrán.

Todas las puertas de las casas estaban abiertas y, en algunas, la gente había salido á la calle y tomaba el fresco, charlando ó trabajando en faenas marinas. Casi todos eran hombres. Á las mujeres se las veía, de vez en cuando, aparecer

en el umbral ó traginar en las habitaciones enfiladas, sin puertas, que conducían, de adelante atrás, hasta el corralón ó el huerto. Todas las casas eran en esto iguales, reservando para los lados de aquella especie de pasillo de dos ó tres tramos, donde suelen estar el comedor y la cocina, las habitaciones de dormir y la sala que los más acomodados suelen tener de respeto, para las visitas de campanillas.

Como era de rigor, don Vicente tuvo que pararse á saludar, grupo por grupo. Lo recibían sonrientes, con una familiaridad cariñosa, muy lejana del aire de sumisión forzosa que suelen tener, respecto de los señoritos, la clase popular de las ciudades y los colonos de ciertas regiones. Veíase bien que, para aquellas gentes, el anciano era un amigo, uno de los suyos; pero que apreciaban á la vez su superioridad, cuyas ventajas eran ellas las primeras en recibir. Y para todos tenía don Vicente una broma ó una frase de afecto. Una mujer le dijo:

— Hemos tenido carta de Pepe.

— Me alegro. ¿Cómo le va?

— Bien. Está muy contento en el cañonero. El comandante lo llamó y le dijo que usted le había escrito y que allí estaba él para... vamos... para lo que se ocurriese... Pero él quisiera venir, si fuera posible, á Levantina.

— ¡Ya, ya! Todos quieren lo mismo, pero hay que esperar. Acabo de pedir el favor de que lo pasen al cañonero y no puedo molestar á las gentes

con otra petición. Además, por ahora no hay plaza. La goleta está llena de mozos de Villamar.

— Así es, don Vicente. Todos acudimos á usted. Como no tenemos otro que nos valga...

— Bueno, bueno. Ya se verá cuando pueda ser.

Llegaron, por fin, á donde se proponían. Era un gran caserón, largo y estrecho, de solo planta baja, sin divisiones. La única habitación, que ocupaba todo el espacio cubierto, estaba casi llena de redes, velamen, barricas de salazón, palos y cuerdas. De las vigas del techo pendían algunos melones, colgados de sendos clavos por trozos de tomiza. En un rincón se levantaba el banco del hogar. Todo ello respiraba un aire de dorada medianía y de pulcritud, que encantaba. El suelo estaba cuidadosamente barrido.

No había nadie; pero por la puerta, entornada, que daba al corralón, salían voces de hombres, risotadas y juramentos. Allá se fué don Vicente seguido de Juan, quien, desde la visita á la ciega, sentíase arrastrado por la sugestión moral de aquel hombre, como un niño que corre en pos de alguna cosa que le sorprende y le atrae, sin fuerzas para resistir ni para razonar el movimiento.

El corral era grande. A la derecha, un cobertizo, que ocupaba toda la extensión del muro. A la izquierda, en una faja de tierra vegetal, varias parras y algunas matas de tomates. Cerca de ellas se levantaba el brocal de un pozo, y por todos lados, apoyándose en las paredes, veíanse montones de objetos análogos á los observados en la primera

habitación. A la puerta del cobertizo, un hombre, cubierto de un mandil de tela de saco, machacaba con una especie de pala de madera, estrecha y larga, una masa negruzca, aceitosa, mal oliente, depositada en un barreño de piedra. A pocos pasos, y al rededor de una tela blanca colocada en el suelo, había otros hombres, sentados en tierra ó en sillas muy bajas, excepto uno que, de pie, hablaba á gritos, gesticulando, en el momento en que don Vicente entró.

Al oír el ruido de la puerta, todos miraron hacia la entrada y al ver á los visitantes el saludo fué general; pero nadie se movió de su sitio. Tan sólo el orador, que estaba de espaldas, dió media vuelta y alargó una mano. Era un hombre viejo, muy enjuto, con los ojos hundidos y enfermos, algo encorvado ya, pero que conservaba todavía gran parte de la dentadura; lo cual daba á su cara una singular expresión cuando reía ó cuando, al hablar, abría mucho la boca, lo cual era frecuente. Adivinábase en él una naturaleza dura, curtida por las campañas pesqueras. Después de estrechar la mano de los visitantes, ordenó á un mozo de los que á su lado estaban:

— Trae sillas, Quico.

— No hacen falta — dijo don Vicente. — Nos vamos enseñada. Sólo hemos entrado para darles las buenas tardes.

— Venga, hombre, no tenga tanta prisa — replicó el otro. — Siéntese un rato ó, si quiere, iremos fuera, á tomar el fresco.

— Prefiero quedarme aquí, y supongo que Juan también, porque verá cosas que son para él nuevas.

Quico había traído ya dos sillas, con asiento de esparto; pero don Vicente, en vez de sentarse, se acercó al hombre de la pala, haciendo seña á su sobrino para que le siguiese.

— Mira, Juan. Aquí machacan sardina para cebo. — Y comenzó una serie de explicaciones minuciosas. La pasta se iba poco á poco endureciendo por la adición de salvado, que se removía con la pala hasta que pudiera amasarse sin peligro de que se deshiciera. Luego se partía en trozos, que se amasaban sobre el trapo extendido en el suelo y se subdividían en pedazos menores, los cuales iban atándose, á lo largo de un cordel de tomiza, con otros cordelillos; y, por último, las tiras que así resultaban, colocábanse en unos cestos ó polleras de mimbre, en que Juan no se había fijado todavía. Eran las *nansas*, aparejos de pesca de la *boga*, que se sumergen en el mar y se dejan fondeados, pendientes de unos corchos que funcionan á manera de boya.

Mientras hablaba don Vicente, el de la pala había ido sacando trozos de la pasta, y los demás pescadores comenzaron el amase, arrodillándose ó inclinando el cuerpo sobre el trapo. En un principio, trabajaban silenciosos. Luego, se reanudó una conversación que, sin duda, era la que tan acalorado puso al viejo. Éste, que se había apartado del grupo para enseñar á Juan el artificio de

las nansas, se volvió bruscamente, encarándose con el grupo:

— Os digo una y cien veces que hubo traición, cosa de dinero, como si lo viera — exclamó moviendo los brazos y engallando la voz. — De otro modo no puede ser que nos ganaran. No; lo digo yo, que sé lo que es la marina.

— ¿De qué se trata, Nardo? — preguntó don Vicente.

— De lo de siempre — dijo Quico, que era, al parecer, quien se atrevía más en la contradicción. — El abuelo no quiere oír hablar de lo de Santiago de Cuba.

— No, no quiero oír hablar y tampoco tú debías querer... Señorito — añadió dirigiéndose á Juan: — Casi todos éstos estuvieron allí: mi hijo más pequeño, que es ese, dos sobrinos míos, que son esos rubios. Y se ríen de que yo me enfade de aquella traición; porque lo fué, señorito. Yo estuve en el Callao y sé lo que son esas cosas. La marina española no la vence nadie, ¡rediós! si combate de veras.

Y el viejo, excitado, balbuciente, empezó á contar una vez más su campaña en la *Numancia*, el bombardeo del Callao, las heroicidades de aquel episodio sangriento é inútil de nuestra política americana. El amor al uniforme que vistiera, el sentimiento de orgullo patrio que la guerra acentúa desmesuradamente, hablaban en él y prestaban cierta elocuencia á su peroración, dicha en dialecto, con palabras vulgares, incoherentes á

veces. Se acaloraba, apostrofando á los jóvenes, echándoles en cara su frialdad, acusándoles poco menos que de haberse vendido á los enemigos de España. Era una escena que se repetía cada poco desde que, en una tarde como aquella, mientras preparaban el cebo en el corralón, llegó la noticia del terrible desastre, á las pocas horas de un telegrama equívoco, que parecía anunciar, por lo menos, la evasión feliz de la escuadra.

Nardo sufrió uno de los choques más terribles de su vida, en lo más hondo de sus convicciones y de sus amores. Pensó al punto en su hijo, en sus sobrinos; pero lo que le hizo arrancar las lágrimas más calientes, fué el bochorno de la derrota. El sentía con toda claridad que aquello tocaba á todos, á los marinos como él en primer término y, en fin de cuentas, á España; pero no cabiéndole en la cabeza una explicación racional del hecho, lo atribuyó enseguida, por tendencia natural en el vulgo, á una traición.

Y su amargura fué todavía mayor cuando, vueltos de allá, sin heridas siquiera, los de la familia, los vió tranquilos, indiferentes, contar sin indignación el terrible trance y sonreír, como ahora lo hacían, ante las voces en que el pobre veterano exhalaba su rabia, el quejido de su alma dolorida, maltratada en las fibras más sensibles.

Juan adivinó todo esto al través de las palabras balbucientes de Nardo; y aunque él no era patriotero ni militarista, sintió un escalofrío singular, un malestar análogo al que sentimos cuan-

do, con una objeción imprevista ó con una brusca negación de hecho, nos desbaratan toda la serie de ideas tradicionales que creíamos indiscutibles, al presenciar aquel careo de dos generaciones que representaban dos estados tan diferentes del alma nacional.

■■■■■■■■■■

XX

Algo costó á don Vicente calmar á Nardo. Era éste, por lo común, hombre pacífico y bonachón; pero en cuanto tocaban aquel registro del honor patrio, se disparaba violentamente. Quizá había en ello, también, una segunda causa: la irritación que los viejos sienten por las contradicciones de los jóvenes, cuyo estado de espíritu no suelen comprender, de ordinario, y les parece puro afán de contradecir ó pedantear. En aquel caso era tanto más verosímil el juego de este motivo, cuanto que para todas las demás cosas de la vida la subordinación y el respeto al padre era, en aquella casa, un principio inalterable de conducta. Todo marchaba allí como un reloj, por subordinación espontánea de las gentes todas, que tenían confianza y cariño en su jefe y muy clara conciencia del deber de cada uno en la obra común. Esto explicaba el tono ordenado de aquella familia y su encumbraimiento en la posición social. Era gente que no se metía en nada, que estaba en paz con todo el

mundo, que rehuía compromisos y querellas y trabajaba uno y otro día, pacientemente, sin chistar, formando como un rancho aparte en la clase marinera. Jamás habían debido nada á nadie; y paso á paso, iban fundando una fortunita que no se manifestaba en lujos y superfluidades, sino en comodidades sólidas y positivas y en engrandecimiento de la vida exterior del oficio: la casa ancestral sustituida por otra nueva; los faluchos de pesca renovados y aumentados con otro más; el *almacén* próximo á la playa, donde se disponían las expediciones y se guardaban los utensilios, donde se trabajaba y se dormía en las horas cortas de intervalo de una á otra salida.

Todo esto, que ya se traslucía al entrar en la casa, se significó plenamente una vez pasada la discusión de Santiago de Cuba. El abuelo volvió á ser lo que era de ordinario, y la gente siguió su faena con un ardor alegre, simpático y atractivo, del cual irradiaba una sensación de bienestar que convertía en grata la presencia en aquel sitio. Pero esta sensación, que Juan experimentó á poco de restablecida la calma y que se fué acentuando luego, cuando llegaron las mujeres (la de Nardo, con sus hijas y nueras) que habían ido á bañarse; cuando les fué ofrecida á tío y sobrino una merienda frugal, de pescado, vino y aceitunas, á que no hubo otro remedio que hacer los honores, y cuando, en fin, salieron todos juntos camino del pueblo, con aquella suave pereza, llena de placidez, que tienen los regresos en el crepúsculo; esta

sensación de una vida familiar tranquila, ordenada, fuerte en el trabajo, que parecía refrescar el espíritu, en el de Juan iba mezclada á aquella otra, perturbadora y violenta, que le había producido la risa de los jóvenes ante los entusiasmos del viejo. No sabía bien qué, pero una cosa flotaba, doliente y vacilante, en lo íntimo de su sentir. No podía razonar, pero positivamente le hacía daño el recuerdo de aquella indiferencia, que quizá era lógica, justa, ante desgracias de la patria, que es decir de todos. Y en la conquistada serenidad de su ánimo, veía formarse un núcleo de agitación que la empañaba, como la brisa empaña la superficie cristalina de una laguna con los rizos que levanta al pasar. Súbitamente le sobrecogió el miedo de perder lo ganado, de que se renovasen, ya que no exteriormente, en su interior, aquellas luchas, aquellas preocupaciones que habían atormentado su espíritu hasta reducirlo á un extremo de tristeza y desánimo intolerables. Fué como un relámpago que ciega los ojos, como un golpe de maza que aturde y hace vacilar todo el cuerpo. Le pareció á Juan que el edificio de su reposo crujía por todas partes y amenazaba venirse abajo de pronto. Procuraba evocar todas las impresiones sedantes que, un día tras otro, había recibido desde su llegada á Villamar; se representaba la placidez con que su mismo tío llevaba una vida llena de abnegaciones y de afectos que dulcificaban todas las tristezas; pensaba en la familia de Nardo, cuya cohesión fundamental, cuya felicidad

asentada en el trabajo visto como un deber y como una fuente de engrandecimiento, no se perturbaban por escaramuzas como la que acababa de ocurrir; pero todos estos ejemplos y motivos de tranquilidad le parecían ahora de escasa eficacia, ante la presencia de un ligero torbellino que empezaba á remover sus espirales inquietantes en el cerebro, amenazando con renovar la fiebre de las excitaciones pasadas.

Con esta gota de amargura en su alma, Juan iba caminando, llevado maquinalmente por la impulsión del grupo y la vaga conciencia de que él se dirigía al mismo sitio, siguiendo á los otros; pero, en rigor, ajeno á todo lo que le rodeaba. Ni la charla, siempre alegre y animadora, de don Vicente; ni las risotadas de los marineros, que celebraban algún chiste; ni las voces de las mujeres jóvenes, que habían tomado la delantera para cantar á sus anchas, lograban arrancarle á su ensismamiento.

La luz del crepúsculo decrecía rápidamente. Las figuras humanas, los árboles más cercanos y altos, dibujábanse en negro sobre el pálido fondo del Poniente; y la noche cayó al fin sobre la tierra, borrando líneas y colores, sin que su silencio majestuoso, que invita al descanso, trajera ningún consuelo al que sufría, con la poética sugestión de sus misterios y la grandeza de su dosel violáceo, tachonado de estrellas de oro.

■■■■■■■■■■

XXI

La crisis fué pasajera. Un sueño tranquilo, preparado por unas horas de intimidad en familia, junto á la solicitud cariñosa de doña Micaela — quien advirtió al punto la preocupación de su sobrino — y la fortificante animación de don Vicente, volvió á Juan la calma y le hizo reirse, á la mañana siguiente, de su nerviosidad, que convertía en montes los granos de arena. Sin embargo, todavía tuvo un movimiento de precaución, que denotaba cierto temorcillo de volver á las andadas.

A los dos días de su llegada á Villamar, comenzó el correo á traer correspondencia, reexpedida desde Madrid. Habíase venido Juan sin despedirse más que de dos amigos muy íntimos, á quienes indicó vagamente el punto donde iba, rogándoles, aun así, que lo callaran. El portero de la casa quedó encargado, con igual reserva, de enviar cartas y periódicos. Pero Juan dejó que se amontonaran, sin abrir unas ni otros, sobre los estantes de la biblioteca de don Vicente. A los